

Por haber desconocido esto los jefes de la Iglesia han desnaturalizado el cristianismo y oprimido las conciencias. Han impuesto la fe, en vez de dejar que fuese aceptada por la voluntad libre y espontánea del hombre, y han hecho de la historia del catolicismo el calvario de la humanidad.

Se puede decir otro tanto de la razón, tan ultrajada por los sacerdotes de Aquél que fué la Razón personificada, el Verbo, la Palabra.

Han olvidado que la razón, "esta luz—dice San Juan—con la que todo hombre viene á éste mundo," es una; que la razón humana, destello desprendido de la razón divina, sólo difiere de ella en poder y en extensión, y que obedecer á sus leyes, es obedecer á Dios.

"¡Oh razón! decía Fenelón en un momento de intuición suprema—¿no eres tú el Dios que yo busco?"

Si la Iglesia hubiera comprendido la esencia neta del cristianismo, se habría abstenido de lanzar anatemas al racionalismo y de inmolar la libertad y la ciencia en el altar de las supersticiones romanas.

El derecho de pensar es lo que hay de más noble y más grande para nosotros; mas la Iglesia se ha esforzado siempre en impedir que el hombre use de él. Le ha dicho: "¡Cree y no razones! ¡Ignora y humíllate! ¡Cierra los ojos y recibe el yugo!" Es tanto como decir: ¡Renuncia á tu privilegio divino y desciende al nivel de la bestia!

Porque la razón, despreciada por la Iglesia, es el más seguro medio que el hombre ha recibido de Dios para descubrir la verdad. Desconocerla, es desconocer al mismo Dios, que es su fuente. ¿No es por ella, por la que el hombre esclarece y resuelve todos los problemas de la vida política, doméstica y social? ¿Y se quiere que la rechace cuando trata de verdades religiosas que no puede penetrar sin su auxilio?

Relativa y débil por sí misma, la razón humana se rectifica y se completa remontándose hacia su fuente divina, comuni-

cándose con esa Razón absoluta que se conoce, se acepta por la reflexión, se posee, y que es Dios.

Pueden ser necesarias facultades bastante elevadas para inventar y expresar sistemas erróneos, para defenderlos y propagarlos. La verdad, sencilla y clara, es aceptada y comprendida por los espíritus más humildes, cuando saben ayudarse de la razón, mientras que los sofistas que la rechazan se apartan más y más de la verdad para extraviarse en un laberinto de teorías, de dogmas, de afirmaciones en que se pierden. Para encontrar la vía segura, les sería necesario destruir lo que tan penosamente han edificado, y volver á esa razón despreciada, la única que les dará el sentido real de la vida y el conocimiento de las leyes divinas.

De este modo se verifica lo que indican estas palabras de la Escritura: "Ha ocultado á los sabios lo que ha revelado á los niños."

Hemos procurado hacer resaltar las consecuencias de la educación religiosa en nuestro país. Su influencia, muchas veces tan enfadosa en la práctica de la vida, persiste después de la muerte y prepara á las almas crédulas, profundas y crueles decepciones. Cuántos católicos, ya en estado de espíritus, en numerosos mensajes medianímicos nos han descrito ya sus angustias, cuando, esperando las recompensas prometidas, imbuidos en las ideas del paraíso y de la redención, se han encontrado en el espacio vacío, triste, inmenso, errando durante años en busca de una felicidad quimérica, y no comprendiendo nada de este nuevo medio, tan diferente de aquel que tantas veces se les había ensalzado. Sus percepciones restringidas, su comprensión velada por una doctrina y unas prácticas abusivas, no les permiten apreciar las bellezas del universo fluidico.

Y cuando, en sus investigaciones y sus peregrinaciones extra-terrestres, encuentran á los sacerdotes que fueron sus educadores religiosos y les ven, como ellos, en estado de espi-

rifus, sus quejas, sus reproches no son atendidos por esos seres desgraciados, que tambien son presa de turbación y ansiedad.

Triste efecto de una enseñanza falsa tan poco á propósito para preparar las almas á los combates y las realidades del destino.

\*.\*

En el curso de este estudio, hemos llegado algunas veces á comparar las doctrinas de la Iglesia romana con las del protestantismo, y á hacer resaltar, en ciertos puntos, la superioridad de estas últimas. ¿Se sigue de aquí que consideremos el protestantismo como la más perfecta de las religiones? No es éste nuestro modo de sentir.

El protestantismo, en su culto y en su enseñanza, se acerca más, en efecto, á la sencillez y á las miras de los primeros cristianos. No desprecia la razón, como lo hace el catolicismo, sino al contrario, la respeta y se apoya en ella. Su moral es muy pura y su organización sin fausto y sin aparato. Suprime la jerarquía sacerdotal, el culto á la Virgen y á los santos, las prácticas fastidiosas, las largas oraciones, los rosarios, los amuletos, todo el pueril arsenal de la devoción católica. El pastor no es más que un profesor de moral, encargado de presidir las ceremonias religiosas, reducidas al bautismo, á la comunión, á la predicación; de bendecir los matrimonios, de visitar á los pobres, á los enfermos y á los moribundos.

El protestantismo establece el libre examen, la interpretación de las Escrituras. De este modo desarrolla el juicio y favorece la instrucción, considerada en todos tiempos como peligrosa por la Iglesia romana. El protestante permanece, pues, libre y aprende á gobernarse por sí mismo, en tanto que el católico abdica su razón y su libertad en manos del sacerdote.

Sin embargo, por grande que sea la obra de la reforma del siglo XVI, no podrá satisfacer las actuales necesidades del pensamiento. El protestantismo ha conservado, del conjunto dogmático de la edad media, muchas cosas inaceptables. Ha sustituido la autoridad del papa con la de un libro; pero la Biblia, interpretada por el libre examen, no puede ser considerada como de inspiración divina.<sup>1</sup> Las conciencias que han escapado del yugo de Roma, no podrán colocarse bajo el de una obra, respetable sin duda, y de la que es necesario tener cuenta, pero de origen puramente humano, salpicada de ficciones y alegorías, bajo las cuales se disimula el pensamiento filosófico y desaparece muy á menudo.

Lutero proclamaba la divinidad de Jesús, su nacimiento milagroso y su resurrección; Calvino impone los dogmas de la Trinidad y de la predestinación. Los artículos de la *Confesión de Augsbourg* y de la *Declaración de la Rochelle*, afirman el pecado original, el rescate por la sangre del Cristo, las penas eternas, la condenación de los niños muertos sin bautismo.

Entre los protestantes, aun ortodoxos, ¿cuántos hay hoy que sostienen estas afirmaciones y aceptan en su asamblea el símbolo de los apóstoles, leído en todos los templos, y que los apóstoles jamás han conocido!

Al lado de la ortodoxia protestante, se ha formado un gran partido con el nombre de protestantismo liberal. Rechaza los dogmas que acabamos de enumerar y se limita á reconocer la grandeza moral de Jesús y de sus enseñanzas. Este partido cuenta en sus filas espíritus muy esclarecidos, animados de un laudable sentimiento de tolerancia y de gran amor al progreso, hombres dignos de admiración y simpatía.

Mas los protestantes liberales se han colocado en una situación delicada y falsa. Persisten en quedar en la Iglesia reformada, despues de haber rechazado, uno á uno, todos los puntos

<sup>1</sup> Véase la nota complementaria núm. 1 al fin del volumen.

de doctrina, todos los artículos de fe. Han tenido participación en los extensos trabajos de que hablamos al principio de esta obra, trabajos emprendidos para inquirir los orígenes del cristianismo y la autenticidad de los libros santos. Han sujetado á examen riguroso todos los documentos en que se funda la tradición cristiana. La aplicación del libre examen les ha impulsado á emprender investigaciones constantes, y en vista de ellas, los dogmas, los milagros y ciertos hechos históricos han perdido en su concepto, todo carácter fehaciente. De tal examen, una sola cosa queda en pie: la moral evangélica.

Los protestantes liberales han llegado á colocar el principio de la soberanía de la conciencia sobre la unidad de la fe: al obrar así, han roto los lazos que los ligaban con la Iglesia reformada. En realidad, no son ya protestantes, sino más bien cristianos libre-pensadores.

Así, es una anomalía verles practicar en todas sus formas un culto que tan poco corresponde á sus aspiraciones. En nuestro concepto, en las asambleas religiosas de los "protestantes liberales," sería mejor obrar, que leer y comentar la sola Biblia, cantar salmos en monótonas tonadas, hablar de un "Dios fuerte y celoso," ó recomendar á los habitantes de París, como se hace todos los domingos en el templo del Oratorio, no codiciar "ni el buey ni el asno del prójimo." Un culto así, y tales excitaciones pueden convenir á los pueblos pastores de la antigüedad; mas no responden ya á las necesidades, á las ideas, á las esperanzas de los cristianos de nuestros días.

Las aspiraciones modernas necesitan otros acentos, otras formas, otras manifestaciones religiosas: lenguaje y cantos que hablen al alma, que la atraigan, que la conmuevan y hagan vibrar lo último de su sér. Sencillo y sobrio, el culto debe inspirarse en el arte musical contemporáneo y esforzarse por elevar el pensamiento hacia las divinas esferas, hacia las regiones puras de lo ideal.

En resumen, el protestantismo, en conjunto, puede conside-

rarse como superior al catolicismo, en el sentido de que se aproxima más al verdadero pensamiento del Cristo. Pero, demasiado adherido aún á la forma y á la letra, no podrá satisfacer las necesidades del moderno espíritu.

Haría obra útil, abandonando la herencia de la Reforma, para inspirarse exclusivamente en el espíritu evangélico. El espíritu de la Reforma tenía su razón de ser en el siglo XVI, al terminar un largo período de despotismo y de tinieblas; no puede ya ofrecer al mundo moderno más que fantasías teológicas y motivos de división entre los miembros de la gran familia cristiana.

Lo que al presente le es necesario á la humanidad, no es ya una ciencia, una fe derivada de un sistema ó de una religión particular, inspirada en textos respetables, pero de autenticidad dudosa, en donde la verdad y el error se mezclan y se confunden. Lo que necesita es una creencia apoyada en pruebas, en hechos; una certidumbre basada en el estudio y la experiencia, de donde surjan un ideal de justicia, una noción precisa del destino, un móvil de perfeccionamiento, capaces de regenerar á los pueblos y de unir á los hombres de todas las razas y de todas las religiones.

Hay muchos lazos históricos y religiosos que ligan el alma moderna á la idea cristiana, para que ésta no pueda serle adicta. Hay en el cristianismo elementos de progreso, gérmenes de vida social y de moral que, desarrollándose, pueden producir grandes cosas. La doctrina del Cristo contiene muchas enseñanzas que no han sido bien comprendidas y que, bajo influencias más eficaces, pueden producir frutos de sabiduría y de amor, poderosos resultados para el bien general. Seamos cristianos, pero elevándonos sobre las diversas confesiones hasta la fuente pura de donde ha salido el Evangelio. Amemos al Cristo, pero coloquémosle sobre las sectas intolerantes y sobre las Iglesias que se excluyen las unas á las otras y se lanzan anatemas. El Cristo no puede ser ni jesuita, ni pesimista,

ni hugonote; sus brazos están abiertos para toda la humanidad.

\* \* \*

Hemos indicado antes cuáles eran las consecuencias de la educación religiosa en nuestro país. Si la educación católica en particular es incompleta y plagada de ilusiones, ¿debe, por esto, ser preferida la enseñanza laica?

La enseñanza laica produce efectos opuestos á los que hemos indicado: da á los hombres el espíritu de independencia; los emancipa de la tutela gubernamental y religiosa, pero al mismo tiempo relaja la disciplina moral, sin la cual no hay sociedad bien constituida.

Tal enseñanza no es, como lo pretenden sus detractores, enteramente destituida de principios; sin embargo, no ha sabido dar un objeto elevado á la vida, no ha sabido sustituir con algo el ideal cristiano; ha roto los lazos de solidaridad que deben unir á los hombres y conducirlos hacia un fin común.

Hé aquí por qué el espíritu de familia y la autoridad paterna se han debilitado en nuestro país. Los padres parecen estar subordinados á sus hijos, y en éstos no se encuentran ya los sentimientos respetuosos que constituyen la fuerza de la familia, y aseguran para la edad madura la autoridad necesaria. Estas causas de enervamiento parecen invadir paso á paso todo el cuerpo social. Casi en lo general se contraen nuevas costumbres y una manera de vivir de la que son excluidas las cosas serias, las solas capaces de fortificar el espíritu, de orientarle hacia la práctica constante del deber.

La enseñanza primaria no da más que una instrucción apenas bosquejada y muy pronto abandonada, una instrucción precoz desprovista de enlace, de encadenamiento, y sobre todo de buen resultado. No es completada por ese elemento indis-

pensable que es la enseñanza moral. Deja ignorante al niño, y por consiguiente al hombre; las cosas más esenciales, las grandes leyes de la vida.

Cuando, de doce á catorce años, el niño de las escuelas primarias, provisto de sus certificados de estudio, es lanzado al torbellino de los intereses en la gran lucha social, le falta ese fondo sólido, ese conocimiento de la verdad y del deber, que es el supremo apoyo, el arma más necesaria para los combates de la existencia.

Todo lo que se le ha dicho acerca de los deberes del hombre—y esto se reduce á muy poca cosa—se le ha dicho en una edad en que no podía apreciar su valor. Y todo esto llega á desmenuzarse, á desvanecerse, sin dejar huellas en su intelecto. Pero, se dirá, si la instrucción primaria es insuficiente, mal organizada, mal dirigida; después, en la enseñanza superior y clásica, el joven debe encontrar acopio abundante de principios, de nociones esenciales, para perseguir un fin levantado. Esto es ilusión; y me refiero en este punto á la opinión de un escritor competente: Francisco Sarcey dice, en una de sus crónicas del "*Petit Journal*" (7 de Marzo de 1894):

"De mis estudios clásicos, de mi permanencia en las clases de filosofía, no ha surgido para mí ninguna noción precisa acerca de los destinos del alma humana."

Esto nos recuerda aquella conocida apreciación de un juez perito en la materia: "La filosofía clásica no es más que la historia de las contradicciones del espíritu humano."

El materialismo y el positivismo reinan casi exclusivamente en las altas esferas políticas, pobladas de inteligencias amaneradas por la enseñanza superior. La influencia de tales teorías recae sobre la vida política y social, y, en concurso con las doctrinas del catolicismo, contribuye á deprimir los caracteres y las voluntades.

Cuando se va al fondo de las cosas, á pesar de algunas ligeras apariencias de espiritualismo, no puede menos de recono-

cerse que la enseñanza laica, en todos los grados, está impregnada de escepticismo, inspirado por las filosofías negativas. De aquí su impotencia para inculcar nociones profundas de moralidad en el niño.

Porque es en vano que se preconice la moral, independiente de toda creencia y de toda religión: la experiencia nos demuestra que mientras más se difunden las concepciones materialistas y otras, más se amancipan las conciencias de los principios de moralidad, y, por consiguiente, de los deberes que les imponen. La desmoralización coincide con el desquiciamiento de las creencias.<sup>1</sup>

Es verdad que mucho se nos habla de altruismo, pero el altruismo no es más que una palabra vacía, una teoría desprovista de base y de sanción. Es simiente arrojada en la roca y condenada á perecer, porque no basta sembrar, es necesario también preparar el terreno. Las sabias nociones del altruismo no podrán conmover y moralizar á hombres penetrados de la idea de que la lucha de las necesidades y de los intereses es la ley suprema de la existencia, convencidos de que todas las esperanzas, todos los arranques generosos tienen por final la nada. El materialismo, reacción vigorosa é inevitable contra el dogma y la superstición, ha penetrado en todas las clases de la sociedad francesa. En los espíritus cultivados toma el nombre de positivismo. Cualesquiera que sean los nombres con que se decoren las filosofías negativas y las diferencias que caracterizan sus métodos, sus investigaciones se limitan á las cosas concretas, al dominio de la materia y de las fuerzas elementales, y llegan á los mismos resultados. Hé aquí por qué se puede, sin injusticia, reunir las en una apreciación común.

<sup>1</sup> Un escritor materialista de renombre, M. Emilio Ferrière, en su obra *La Causa primera*, Alcan, 1897, confiesa que la ciencia materialista es incapaz de establecer un plan lógico de moral.

«En cuanto á las conclusiones morales—nos dice,—son de tal manera espesas las tinieblas, y tan notorias las contradicciones, que se halla uno reducido al solo partido filosófico aceptable, á saber, resignarse á la ignorancia.»

El materialismo ha tenido su hora de triunfo. Sus teorías han dominado la ciencia en un momento dado. En sus luchas contra una opresión secular, en sus esfuerzos por emancipar la conciencia y dar vuelo libre al pensamiento, había merecido mucho de la humanidad. Mas, poderoso para destruir, no lo ha sido para edificar. Si libra al alma humana de la red de supersticiones que le encadena, es para dejarla vagar después al azar, sin guía y sin apoyo. Ignora ó quiere ignorar la verdadera naturaleza del hombre, sus necesidades, sus aspiraciones, porque se siente incapaz de satisfacerlas. Demuele el edificio de dos creencias añejas, edificio estrecho que no bastaba ya para abrigar el pensamiento y la conciencia, y en vez de una construcción más espaciosa, mejor iluminada, es el vacío lo que le ofrece, es un abismo de desesperación y de miseria moral. Así pues, todas las almas sufrientes, todas las inteligencias sedientas de ideal, que han respondido á su llamamiento, tarde ó temprano acaban por abandonarle.

Si las ideas materialistas han penetrado desde las altas regiones políticas hasta las capas profundas de la sociedad, en cambio, en el dominio de la ciencia han perdido mucho de su influencia. Las experiencias de la psicología moderna han demostrado por demás que todo lo existente no es sólo materia ó fuerza, como lo afirmaban Büchner, Carl Vogt, Jules Soury y otros: han probado que la vida no es una propiedad que se desvanece con los cuerpos. Después de las experiencias del Dr. Luys, de Baraduc, Rochas, Myers, Richet, etc., Carl Vogt no osará ya decir que «el cerebro secreta el pensamiento como el hígado secreta la bilis.» Las secreciones del cuerpo humano son ponderables; mas ¿quién ha pesado el pensamiento? La misma teoría atomista ha caído en descrédito. El átomo, base esencial del universo—nos decían los materialistas—es considerado desde hoy por los químicos como pura abstracción.

Es lo que dice Berthelot en sus *Orígenes de la química*, pág. 320:

«El éter de los físicos y el átomo de los químicos se desva-

necen, para dar lugar á concepciones más altas, que tienden á explicarlo todo por los solos fenómenos del movimiento.»

W. Ostwald, profesor de física en la Universidad de Leipzig, en su estudio intitulado «La derrota del atomismo» (*Revista General de Ciencias*, de Noviembre, 1895), se expresa en los términos siguientes, con relación al átomo y á la teoría mecánica del universo, la cual abraza á la vez la mecánica celeste, y los fenómenos de la vida orgánica:

«Es invención asaz imperfecta. La tentativa no tiene más valor que el de una hipótesis auxiliar. Es puro error.»

M. Ostwald cree, como Newton, que deben existir «principios más elevados» que los conocidos actualmente.

De estas apreciaciones de hombres notoriamente competentes resulta que los materialistas han levantado su edificio científico sobre base la más frágil que pueda imaginarse.

El materialismo ve solamente el primer aspecto de las cosas; no abarca más que en lado de la realidad. Sin duda que la materia forma un mundo magnífico si se la considera en la majestuosa unidad de sus leyes. Pero la materia, aun cuando se la pudiera conocer en su esencia, no es el todo, no representa más que el aspecto inferior del mundo y de la vida.

El materialismo apoya sus conclusiones en el testimonio exclusivo de los sentidos; pero nuestros sentidos son limitados é insuficientes; frecuentemente nos engañan. No con los sentidos físicos, ni con instrumentos de precisión ó métodos extravagantes es con lo que se descubren las leyes y las causas superiores: sólo la razón puede conocer la *razón* suprema de las cosas.

Los materialistas han creído penetrar todos los secretos de la naturaleza por el atento estudio de las formas físicas: han considerado, en realidad, solamente el aspecto más burdo, haciendo abstracción de multitud de fuerzas y de causas sin cuyo conocimiento cualquiera explicación del universo es imposible.

Los materialistas han hecho lo que el minero que, ahondando el filón bajo de tierra, á cada paso descubre nuevos tesoros y riquezas; igual cosa ha pasado con la ciencia positiva, preciso es confesarlo haciéndole justicia. Pero á medida que avanza en su labor, el minero pierde de vista la luz del día, el espléndido dominio de la vida, para hundirse en las regiones de la noche, del silencio y de la muerte. Así ha procedido el materialismo.

En las altas esferas intelectuales, la derrota del materialismo ha determinado también la de la ciencia. Se ha lapidado á ésta, como si fuera responsable de las teorías presentadas en su nombre. En varios escritos resonantes se ha acusado á la ciencia de no haber dado al espíritu humano lo que éste tiene derecho á esperar de ella.

M. Séailles, en su discurso pronunciado en la apertura de la Facultad de letras en 1894, decía:

«La ciencia moderna vuelve á la confusión del pensamiento, que se pierde en el mundo que ella había abierto ante sí, y se sepulta con su victoria.»

Otros aseguraban, con M. Brunetière, que la ciencia había hecho bancarrota. Evidentemente esto era exagerado é inexacto. Lo que en realidad ha hecho bancarrota, no es la ciencia propiamente dicha, sino ciertas teorías basadas en el materialismo y el positivismo.

Si se arroja el guante á la ciencia, no es porque se desconozcan los servicios que ha prestado y presta á la humanidad. Nadie puede afirmar que la ciencia no ha contriuido en mucho al desarrollo del progreso material y de la civilización: en comprobación de esto, ya hemos visto en líneas anteriores que, gracias á ella, se han rectificado las erróneas concepciones de la teología.

Lo que es de lamentarse es que la ciencia no haya podido todavía dar al hombre el conocimiento real de sí mismo y de las leyes que rigen su destino. Y se comprende que esto sí

habría sido posible, si en vez de reducirse al estudio de la materia, hubiera dedicádose á explorar sincera y asiduamente todos los dominios de la vida. Bajo la presión de doctrinas negativas, la ciencia se ha extraviado en el análisis, en el estudio fragmentario de la naturaleza física. Pero la polvareda de la ciencia nó es la ciencia misma; la polvareda de la verdad no es la verdad.

La humanidad, cansada de concepciones metafísicas y de soluciones teológicas, había vuelto sus miradas y sus esperanzas hacia la ciencia, demandándole el secreto de la existencia, una creencia, una fe nueva, para reemplazar la de los templos, que se derrumba. Le pedía la solución de los problemas de la vida que la dominan, la encierran y la envuelven en sus profundidades.

Ante estos llamamientos repetidos, la ciencia ha permanecido muda, ó si en ciertos casos ha propuesto alguna solución, ésta era de tal modo, que la idea dominante que de ella se desprendía era la de la nada. De aquí la decepción, la desaprobarción de ciertos pensadores, y las protestas que se han elevado contra tal idea; mas estas acusaciones deben recaer únicamente sobre la escuela materialista y la positivista. Cuando la ciencia quede libre de trabas y de restricciones, sabrá completarse por concepciones más altas y más luminosas.

\* \* \*

Un hecho nos ha sorprendido siempre profundamente, y es que, entre los hombres libres que dirigen los destinos de la República, muchos se creen, se dicen materialistas y ateos. ¿Cómo no han comprendido que el materialismo, apoyándose en la fatalidad ciega y consagrando el derecho de la fuerza, no puede hacer hombres libres? Los demócratas de 89 y de 48 tenían ciertamente otras miras.

Según las teorías materialistas, el hombre es sólo una máquina gobernada por los instintos. Así pues, para una máquina no puede haber libertad, ni responsabilidad, ni leyes morales, puesto que la moral es una ley del espíritu. Y sin ley moral, ¿á qué se reduce le idea del deber? Esto sería el derrumbamiento de todo el orden establecido. Una sociedad no puede vivir, progresar y engrandecerse, sino apoyándose en la idea del deber, ó lo que es lo mismo, en la virtud y la justicia. Estas son las únicas bases posibles del orden social. Hé aquí por qué este orden no ha podido jamás conciliarse con el ateísmo y el materialismo, porque lo mismo que la superstición y la idolatría nos conducen á la arbitrariedad y al despotismo, así el ateísmo y el materialismo conducen lógicamente al desvirtuamiento de las fuerzas sociales, y muchas veces á la anarquía y al nihilismo.

El materialismo, conforme á su idea exclusivamente mecánica del universo y de la vida, ha hecho surgir en los dominios del pensamiento una aterradora noción del porvenir. Según esa noción, el hombre es sólo un juguete de la suerte, una simple rueda en la grande y ciega máquina del mundo: la existencia es lucha ruda, feroz, en la cual domina la fuerza, y los débiles sucumben fatalmente. ¿Quién no conoce la doctrina del *struggle for life*, según la cual la vida se convierte en campo cerrado y siniestro, por el que los seres pasan, se suceden, se empujan, para ir á sumergirse en los abismos de la nada?

Por estas teorías extendidas en las masas, el materialismo se ha convertido en un verdadero peligro social. Por ellas, ha hecho más tremendo para el hombre el peso de sus miserias, y más sombrío el cuadro de la existencia; ha disminuido la energía humana, y lanzado á los desgraciados á la tristeza y la desesperación.

¿Por qué sorprenderse, pues, si los matrimonios se hacen más raros, si los infanticidios, los suicidios, los casos de enajenación mental se multiplican? En nuestros días, como signo característico de estos tiempos, se ve con frecuencia que jóvenes de los dos sexos, algunos casi niños, recurren al suicidio por fútiles motivos. (1) Menudean los crímenes de adolescen-

(1) Según las estadísticas, el número de los muertos por suicidio se ha elevado un 300 por 100 más desde hace 50 años.

tes: la falange del vicio y del asesinato crece cada día en proporciones horripilantes.

Con las teorías de la escuela materialista la responsabilidad moral se nulifica. El hombre no es libre—nos dicen Güchner y sus discípulos;—es esclavo de su medio. El crimen se explica por el atavismo y por la herencia. Es un fenómeno natural; es el efecto necesario de una causa, la consecuencia de ciega fatalidad. En resumen, no hay bien ni mal! Por esto, se excusan las faltas más graves, se tuerce la conciencia, se ahoga toda idea de sanción moral y de justicia. En efecto, si el crimen es fatal, tiene que ser involuntario, no trae culpa, ni es vergonzoso. Y si la pasión es irresistible, ¿á qué ensayar combatirla?

Propagados estos errores, su consecuencia natural es sobreexcitar hasta el más alto grado los apetitos, desarrollar el sensualismo y los instintos egoístas. En las clases acomodadas, muchos individuos no tienen más que un objeto; suprimir los deberes y las luchas austeras de la vida; hacer de la existencia una fiesta perpetua, una especie de embriaguez; pero ¡ay! embriaguez cuyo despertar podría ser terrible.

Se niega el libre albedrío y la supervivencia del ser; se niega Dios, el deber, la justicia, todos los principios sobre los cuales reposan las sociedades humanas, sin preocuparse de lo que puede resultar de estas negaciones. Se ve ya la deplorable influencia que ellas ejercen en las multitudes, lanzándolas á los más grandes excesos. Así, á cada generación que pasa, los caracteres se rebajan, la dignidad humana se aminora, las sociedades pierden su virilidad y su grandeza.

Inspirada en el disgusto de la vida, ha surgido y extendídose por todas partes cierta literatura que, semejante á ola formidable, sube, se agranda, y amenaza extinguir toda luz, ahogar en el alma humana las esperanzas generosas, los santos entusiasmos, y sumergir el pensamiento en las sombras del más negro pesimismo.

Leed, por ejemplo, la *Batalla Social* de M. Clémenceau: detened la atención en el prefacio de esta obra, del que se desprende la triste poesía de la nada, y en el que todo habla de decrepitud invasora, de muerte del pensamiento y de la conciencia, insistiendo en la idea de la nada, hacia la cual cree el

autor que todas las cosas ruedan ó se arrastran inevitablemente.

M. Clémenceau describe así las últimas fases de la vida sobre la tierra:

“Derruídas nuestras ciudades, entre informes vestigios humanos; las últimas ruinas derribadas sobre la vida muriente; todo pensamiento, todo arte hundidos en la gran muerte que asciende. Toda la obra humana sumergida bajo la última viscosidad de la vida.

“Y después, la postrera manifestación de vida terrestre será destruída á su turno. El globo, frío y desnudo, pasará inútilmente su indiferencia por los estériles caminos del espacio. Entonces terminará el ciclo de los últimos planetas hermanos, muertos algunos quizá desde hoy. Y el sol, extinguido, seguido de su fúnebre cortejo, precipitará en la negra noche su incalculable curso hacia lo desconocido.”

¿Ignora el autor que la vida es eterna? Si hay universos que se extinguen en el fondo de los cielos, otros se encienden y resplandecen: si hay tumbas en el espacio, también hay allí cunas. Nada puede ser destruído, ni una molécula, ni un principio de vida: para cada sér, como para cada mundo, la muerte no es más que un pasaje, el crepúsculo que precede al alba de un eterno renacer! El universo es el campo de educación del espíritu inmortal, y la vida su ruta de ascensión hacia un estado más bello, iluminado con los rayos de la justicia y del amor.

En definitiva, la consecuencia de tantas luchas, vicisitudes y males, es el bien final de los seres. Desgraciado quien no sabe ver y comprender esto!

Veamos también lo que dice M. Jules Scury, en un artículo de *La Justicia*, de 10 de Mayo de 1895, en el cual analiza la obra citada.

“¿Qué es lo bello, lo verdadero, el bien, sino puros conceptos, abstracciones de abstracciones? Y un concepto, á nada de objetivo corresponde. En la naturaleza no hay bien, ni mal, ni verdad, ni error, ni belleza, ni fealdad. Estos son fantasmas que espantan nuestro espíritu; ellos se desvanecen con el último hombre.

“Nosotros ignoraremos siempre de qué estofa está hecho este mundo. Jamás sabremos si en el universo hay otra cosa